

Con flores a Mariñas¹

MARIÑAS, Jesús (con la colaboración de Pedro Narváez), *Jesús por Mariñas. Memorias desde el corazón*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2021, 297 pp.

Artículo-Resueña

HETERÓNIMO UZCANGA GOICOETXEA (O. F. M.)

Universidad de Saint-Louis-du-Ha! Ha!

heteronimo_u_g@yahoo.com

“¿Porque me has visto, has creído?
Dichosos los que crean sin haber visto”

San Juan, 20:29

Cada vez llegan menos libros a la bedelería de la Universidad de Saint-Louis-du-Ha! Ha! Fruto de los recortes sancionados por la orden franciscana que nos patrocina, durante el año 2022 se me ha impelido a restringir —¡Dios los azote!— las novedades de nuestra biblioteca. Así las cosas, acabamos de catalogar con las signaturas 69-69 y 65-666, respectivamente, el primer volumen de las memorias de Miguel Bosé (*El hijo del Capitán Trueno*, Barcelona, Planeta, 2021) y las que Jesús Mariñas (La Coruña, 1942 - Madrid, 2022), *q.e.G.e.*, firmó junto a Pedro Narváez pocos meses antes de su muerte.

1 Agradezco la ayuda bibliográfica de Luis M.^a Ercilla de Mena (University of Wollongong), la beguina Nazária de Fátima (Universidade Federal de Minas Gerais en Belo Horizonte), el diácono Angelo di Pennarossa (Università Pontificia Salesiana), Cristina Shepherdess Manzanares (Soochow University), Iñaki Sigüenza de la Vega (International University of Santa Claus), Jesús Lauren Von Góngora (Ohio State University) y Pablo Yepes Larraza (Università di Siena), los cuales dan prez a sus respectivas conserjerías.

Mi reseña se limita a estas últimas por tres motivos:

1) aunque desde mediados de los setenta vienen proliferando las autobiografías de cómicos y cineastas de vario signo², con mención de honor para las de cinco glorias nacionales: Francisco Rabal (*Si yo te contara*, Madrid, El País-Aguilar, 1994), Fernando Fernán-Gómez (*El tiempo amarillo. Memorias ampliadas: 1921-1997*, Madrid, Debate, 1998), Adolfo Marsillach (*Tan lejos, tan cerca. Mi vida*, Barcelona, Tusquets, 1998)³, Alfredo Landa (*Alfredo el Grande. Vida de un cómico*, urdida por el fecundo Marcos Ordóñez, Madrid, Aguilar, 2008) y José Luis Cuerda (*Memorias fritas*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2019)⁴, no abundan las escritas por

2 Pola Negri, *Memorias de una estrella*, Barcelona, Lumen, 1973; Ingrid Bergman, *Mi vida*, Barcelona, Planeta, 1982; sir Laurence Olivier, *Confesiones de un actor*, Barcelona, Planeta, 1984; Lauren Bacall, *Por mí misma*, Barcelona, Salvat, 1985; sir Alec Guinness, *Memorias*, Madrid, Espasa Calpe, 1987; John Huston, *A libro abierto*, Barcelona, Espasa, 1989; Vittorio Gassman, *Memorias del Sótano*, Madrid, Mondadori, 1991; Katherine Hepburn, *Yo. Historias de mi vida*, Barcelona, Ediciones B, 1992; María Félix, *Todas mis guerras*, Ciudad de México, Clío, 1993; Shirley MacLaine, *Bailando en la luz*, Madrid, América Ibérica, 1994; y *Lo que sé de mí*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994; Marlon Brando, *Las canciones que mi madre me enseñó*, Barcelona, Anagrama, 1994; Klaus Kinski, *Yo necesito amor*, Barcelona, Maxi-Tusquets, 1995; Frank Capra, *El nombre delante del título*, Madrid, T&B, 1999; Groucho Marx, *Memorias de un amante sarnoso*, Barcelona, Tusquets, 2000; Jenna Jameson, *Cómo hacer el amor igual que una estrella del porno*, Madrid, Barcelona, Martínez Roca, 2005; Leonard Nimoy, *Soy Spock*, Madrid, Imágica Ediciones, 2009; Errol Flynn, *Aventuras de un vividor*, Madrid, T&B, 2011; Charles Chaplin, *Autobiografía*, Barcelona, Lumen, 2014; Louise Brooks, *Lulú en Hollywood. Confesiones de una leyenda del cine*, Madrid, Torres de Papel, 2015; Ingmar Bergman, *Linterna mágica*, Barcelona, Tusquets, 2015; Matthew McCounaghey, *Greenlights*, Barcelona, Planeta, 2021; y el best-seller de Woody Allen, *A propósito de nada. Autobiografía*, Madrid, Alianza, 2020, que se disfrutará —y se despreciará— mejor a la luz de la de Mía Farrow, *Hojas vivas. Memorias*, Barcelona, Ediciones B, 1998. Todas se custodian en la Sección de Acceso Restringido: *Cappella Ucellina*. Abogamos por la pronta hispanización de la autobiografía de Val Kilmer, *I'm Your Huckleberry*, New York, Simon and Schuster, 2020, que enriquecerá el patrimonio bibliográfico de nuestra fraternidad.

3 Véase Juan Antonio Ríos Carratalá, *Cómicos ante el espejo*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.

4 Me pregunto dónde habrán ido a parar las memorias manuscritas de Luis Sanz, descubridor de Rocío Dúrcal y enfilador de las carreras de Carmen Sevilla, Lola Flores, Aurora Bautista y, por fin, de Isabel Pantoja, a la que dirigió en *Yo soy esa* (1990). Lo más seguro es que las heredara su viudo —el “viudo” de Sanz— Paco Belinchón, o

periodistas. Menos todavía si consagraron sus trabajos y sus noches a la crónica social. Hasta donde alcanzo, las más ginebrinas son las de Raúl del Pozo (*No le des más whisky a la perrita*: en realidad una biografía a cuatro manos: las de Jesús Úbeda y Julio Valdeón, Madrid, La Esfera de los Libros, 2020)⁵ y la recentísima de Pedro J. Ramírez (*Palabra de director*, Barcelona, Planeta, 2021), quien cuenta mucho de cómo se las ingenió para destapar el GAL y casi nada del GOL que le colaron con el vídeo del corpiño rosa y el vibrador de Exuperancia Rapú;

2) las memorias de Bosé, cuya obertura (“El Paraíso perdido”) no resulta pueril en términos literarios⁶, son todavía una obra *in progress* que culminará dentro de un par de tomos. Valen la pena los capítulos sobre la amistad con Picasso del intérprete de *Don Diablo* —entonces un niño y no un turbio Belcebú—, segada por la siempre mefistofélica Jacqueline Roque (pp. 201-258); sus correrías en la finca Villa Paz y el perpetuo duelo al sol entre la pareja que formaron Luis Miguel Dominguín, “El Torero”, y Lucia Bosé, la “Musa del Neorrealismo”. Sin embargo, lo más notable de dicha entrega es el retrato de Remedios de la Torre Morales, la Tata, la Reme, la Marota, hija del Maroto, que se agiganta hasta robarle el foco —¿el narcisismo?— al inefable Mighelino. El cantante la pone en los cuernos de la luna, pues no hay doméstica de Tarancón que fabule historias como la de las ondinas y la Poposa o insulte al creador del *Guernica*, hecha un mar de lágrimas, frente a la cancela de Mougins. ¡Ni la Anna Magnani de *Roma, città aperta* (Roberto Rosellini, 1945)! El texto se despidе con los encamamientos del todavía eféбico Bosé y Helmut Berger, gracias a los cuales la actriz de *Cronaca di un amore* (Michelangelo Antonioni, 1950) consumó su venganza de Luis Miguel⁷; y con el debut del ya Papito por partida cuádruple (y subrogada) de la mano del hoy redi(vi)vo

quizá el atlético joven a quien este dejó sus bienes, ya carcomido por el cáncer.

- 5 Recomiendo fervorosamente las pp. 287-291, esquite no autorizado de Juan Ignacio García Garzón, *Paco Rabal: aquí, un amigo* (Madrid, Algaba, 2004).
- 6 Hasta el punto de que una voz tan experta como la de la hermana pedrera C. Juana Cerezo (Università della Tuscia, sede de Viterbo) se las viene atribuyendo a Boris Izaguirre, *ghost writer* con quien el hijo de Dominguín no partió peras tras el entierro de Lucia Bosé, cualquier cosa menos un “ángel del hogar”. ¡Y mira que le gustaban los serafines!
- 7 No he podido cotejar Helmut Berger, *Ich. Die Autobiographie*, Berlín, Ullstein, 1998, pero lo haré.

José Luis Gil, productor de las movidas ochenteras de Norberto Juan Ortiz Osborne, Olvido Gara, *Nacha Pop*, José Luis Perales (¿Y quién es él?) o *Locomía*, cuyas fortunas se han aventado bastante peor en el documental de Movistar Plus+ (Jorge Laplace, 2022) que en las viperinas memorias de Gil bajo el seudónimo de JL Greensnake: *Réquiem por la música, los artistas y la industria* (Madrid, Fundación SGAE, 2004). Sabedores de que nuestro futuro depende de los modestos fondos del Plan Propio de Saint-Louis-du-Ha! Ha! y de las censuras de la comunidad del Hermano Sol, si las secuelas de *El hijo del Capitán Trueno* llegasen a nuestras manos, los bedeles prometemos un artículo donde sondearemos su metamorfosis en despepitado Bowie de Somosaguas, la métrica de sus sencillos más falderos, el *burlesque* como Juez Domínguez/Femme Letal de *Tacones lejanos* (Pedro Almodóvar, 1991) y, claro, sus entradas y salidas con Nacho Duato, Rafa Sánchez, líder de *La Unión* (“¡Auuuu, lobo hombre en París!”), el ex-actor, ex-upeydeano y hasta ex-ciudadano Toni Cantó —a quien el maestro Mariñas bautizaría como “Señora de Bosé”—, Ricky Martin (sin mermelada ni perro), Alejandro Sanz (*Los chulos son pa’ cuidarlos*, 1988-1990), el siempre bernesco Nacho Vidal (*Higos maduros, nabos duros*, 1998), su homónimo Palau, un pobre superviviente del que ya todo sabemos y nada interesa; y, a petición de nuestra feligresía, la zacatecana Rebecca de Alba, medalla de plata en la trigésimo tercera edición del certamen *Señorita de México* (1985), que pasó de los brazos del mordidito Martin a los de Luis Miguel Luchino González Bosé Lucas Borloni sin revolver jamás las sábanas de ninguno de los dos;

3) quienes hayan superado la treintena recordarán a don Jesús Mariñas como el colaborador de *Tómbola* (1997-2004) que, con una camisa hawaiana, las gafas en la punta de la nariz y el bigotito perfectamente afilado, se desgañitaba al grito de “¡Que te calles, Karmele!”, luego convertido por Plus Superdescuento en lúdico eslógan marital (https://www.telecinco.es/salvamedeluxe/2012/02-03-2012/anuncio-karmele-mariñas_18_1374480077.html). No obstante, la carrera del incisivo gallego estuvo más ligada a los *Protagonistas* (Radio Nacional de España, 1972-1988) de Luis de Olmo y a *Pasa la vida* (TVE, 1991-1996), *Día a día* (Telecinco, 1996-2004) y *¡Qué tiempo tan feliz!* (Telecinco, 2009-2017), bajo las alas de esa gallina clueca que M.^a Teresa Campos fue para él a lo largo de tres décadas de corazonero. Por desgracia, no pensaba lo mismo de sus

hijísimas (“Terelu vivió un momento en el que parecía que iba a ser, pero que no desembocó; un casi casi”, p. 260), y tampoco de la pseudo-adoptada Rocío Carrasco, que aquí merecerá hoguera aparte. *Velis nolis*, lo que nadie pudo discutirle al bufónico *paparazzo in un interno* patentado por Mariñas es el trono de la columna rosa desde las páginas de *Tiempo*, *Época* y *La Razón*. Luis María Ansón saludó así su llegada al diario en 1998:

Se pasea siempre a brincos por el filo de la navaja, por la frontera de la libertad de expresión. Es valiente, investigador, audaz y provocador. Tiene una portentosa memoria visual. Se acuerda de todo. No se casa con nadie. Aplaude cuando hay que aplaudir. Fustiga cuando cree que debe hacerlo. [...] Se conoce las telas, los adornos, los complementos, los trajes de fiesta de ayer... y los de la misma fiesta de hace diez años. Nada se escapa a su mirada, nada a su inteligencia penetrante, nada a su bisturí de cuerpos y almas. [...] Es uno de los grandes profesionales del periodismo que hay en España. Le temen más que le odian (*Jesús por Mariñas*, p. 284).

Estas razones sobrarían para justificar mis beatas cuartillas. ¡Pero no se vayan todavía, aún hay más! Cualquier especialista en nuestro papel couché admitirá que el reportero marcó un antes sin después con sus crónicas sulfúricas. Íntimo de Hilario López Millán, que devino enciclopedia coplera con piernas (“¿Y a esta quién la para?”, nos preguntaba señalándose la lengua tras soltar uno de sus chismes)⁸, y camarada de Carlos Ferrando, avispa más próxima a *El Deseo* y la fauna de *La luna de Madrid* que a las *boîtes* marbellíes o el Liceo de Barcelona⁹, la corona de los ecos de sociedad sigue huérfana desde que el 10 de mayo de 2022 un cáncer de veji-ga se llevara a Mariñas por detrás. Ni el *dandy* Josemi Rodríguez-Sieiro, currutaco carpanta de la *high society*, ni el realengo de Pilar Eyre (“No es por maldad”, *Lecturas*), ni Ángel Antonio Herrera (“Yo opino”, *Diez Mi-*

8 Véase Hilario López Millán, “Marujita Díaz es más curiosa que neta”: <https://www.youtube.com/watch?v=mPMAqjhOIO4> (consultado el 07/09/2022).

9 Remito como bazarra a “Carlos Ferrando entrevista a Putirecords: *Glamour* cabaretero”: <https://www.youtube.com/watch?v=DdCM0q95gZA> (consultado el 19/10/2022). Véase ahora Carlos Ferrando, *La delgada línea rosa*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2022 (con la colaboración de César Henrich, a quien los filólogos de raza recordarán como entupetado contertulio de *Sabor a ti* y *Mañanas Expo* de Aragón TV).

nutos), más lírico y umbraliano, poseen aquella sal de Jesús para la dilogía, el neologismo festivo o la pulla venenosa¹⁰. Hoy solo pongo a su altura a Rosa Belmonte (*ABC, Libertad digital*), que peca de tocar excesivas teclas: desde las series catódicas y los últimos estrenos a los veraneos en Marivent y la selva de los tiesos. ¡Amárrame los pavos!

Huelga publicar que *Jesús por Mariñas. Memorias desde el corazón* es un libro *in articulo mortis*. De ahí que las cincuenta y una estampas que lo componen carezcan de los vuelos que el maestro alcanzara en sus columnas de *Época*. Y sin embargo, solo él podría acuñar estas perlas: “El conde de Quintanilla y el marqués de Villaverde eran una especie de pisaverdes elevados al cubo, viajados, cultos, ambos con magnífica posición” (p. 49); “José Luis de Villalonga [...] era un señor sinvergüenza y, además, lo cultivaba. [...] Fue un personaje bastante incomprendido para la España de aquel tiempo. Rompía moldes y no le entendieron. No es que fuera grande de España, sino muy grande de España” (pp. 88-89); “Una vez hablé del bigote de Isabel Pantoja y del de su madre. [...] Solo había que mirarlas: el vello se esparcía en los márgenes de la cara y el sombreado labial no lo había provocado el sol” (pp. 90-91); “Antonio [el Bailarín] era una pieza de soledad en un puzle de *brilli brilli*” (p. 137); “Bárbara Rey decidió dedicarse al teatro en toda su concepción, el escénico y el de la vida real” (p. 164); “Carmen Ordóñez era el retrato de la primera mujer, una belleza de pecado original que solo podía conducir al arrebato” (p. 173); “María Vidal parecía que llegaría a estrella y se quedó en nebulosa” (p. 192); “Nati Mistral era una mujer discreta, muy *ancien régime*. [...] Quizá quiso ser *La perfecta casada* de fray Luis de León, pero la vida no es como la literatura” (p. 201); “La Pantoja mejor que se retire. Las chachas y el arte le guardarán gratitud eterna” (p. 211); “Isabel [Pantoja] a Encarna Sánchez le bailó el agua, o algo más. A lo mejor le bailó por sevillanas o por peteneras, porque era una artista muy completa, capaz de dominar todos los palos” (p. 213); “Lola Flores avasallaba, modernizaba, aturdía” (p. 220); “Carmen Sevilla resultaba tediosa y ñoña como una figurita de porcelana que no sabes dónde colocar” (p. 223); “Lola Herrera lleva ya treinta años matando a Mario. Es el caso más llamativo del triunfo de una obra española y de una actriz que ha resistido” (p. 240); “Juan Gabriel,

10 El decano Jaime Peñafiel apenas se prodiga hoy desde sus “Verdades” en *Pronto*.

que además de genio compositor fue una folclórica más, una gran dama de los golpes de pecho, viborona y algo patética, acogió a Rocío Durcal en México” (p. 250); “Su marido, Junior, como buen semiorienta (era medio filipino), aparecía más afectuoso, aunque a veces notaba en sus ojos un distanciamiento y que se estaba acordando de mi madre” (p. 251).

Este puñado de mariñerías confluye en la cuestión palpitante: ¿a cuántos de los últimos doctores en Ciencias de la Información o Filología Hispánica se les ocurrirían tales agudezas? La crónica rosa nada tiene que ver con la cutrez de los *instagrammers*. Y menos aún con quienes hacen del gozoso cotilleo una pantalla de obsceno cotorreo (para salvarnos de José Antonio Avilés, la Orden prohibió el visionado de *Viva la vida* hasta su cancelación por Telecinco en julio de 2022)¹¹. Leamos la denuncia de Mariñas: “En *Tómbola* los protagonistas eran los invitados, los personajes, no los periodistas. Antes, currábamos cada noticia, la investigábamos, le buscábamos adornos para engrandecerla” (p. 256). Y añade dos capítulos después: “Yo me cultivé todo lo que pude. De los que aparecen ahora como supuestos «periodistas» no puedo decir lo mismo. Mi primera entrevista fue a Wenceslao Fernández Flórez, supongo que desconocido para los divulgadores del entretenimiento cotidiano” (pp. 283-284).

Digámoslo a la pata la llana: un sujeto que decide abrir sus memorias con tres guiños a la *Rebeca* (1938) de Daphne du Maurier, *La novela de un literato* (1900/1985) de Rafael Cansinos Assens y *Otto e mezzo* (1963) de Federico Fellini se antoja bastante más digno que aquellos que se recrean en mudar las aliteraciones de un endecasílabo en una jitanjáfora de tres al cuarto:

Anoche soñé que volvía a *Boccaccio*. Estábamos disfrazados de romanos. Había un elefante en la puerta. Ya casi de día. Pitito Gamir, el *showman* de la discoteca de Barcelona, iba de Julio César. Me des-

11 Desde entonces, los viernes, a eso de las cinco, hemos retomado nuestros cursos de verano: *Religión, magisterio e igualdad: lo que va de ayer a hoy*, con ocho sesiones de cinefórum y las actas ya en prensa. A saber: *The Passion of the Christ* (Mel Gibson, 2004) y *Hacksaw Ridge* (Mel Gibson, 2016) (6 y 7 de agosto); *Cannibal Holocaust* (Ruggero Deodato, 1980) y *Encontré al diablo* (Kim Jee-woon, 2010) (13 y 14 de agosto); *Traidora* (Connor Allyn, 2017) e *Historia de una traición* (Michael Polish, 2021) (20-21 de agosto); y *Antichrist* (Lars von Trier, 2009) y *Der Kurfürscher und seine fixen Töchter (Con las bragas por los suelos)* (Franz Marischka, 1980) (27-28 de agosto).

pierto empapado de algún recuerdo y hasta que no se acaba el duermevela vivo con Celia Gámez. Hoy ha sido ella la que me ha tocado la frente con incienso antes de que abriera los ojos y viera a san Francisco Javier, mi santo, en la mesilla. No rezo. Duermo en una cama *art decò* con un cabecero escalonado simétrico, con la parte más alta en el centro. De ese estilo son la mayoría de los muebles de esta casa. Siempre me acurruco del lado izquierdo. Dejo la almohada como un gato que se resiste a dejar su rincón preferido. Todos somos putas, joder, que nos conocemos!, pero cada día nacemos vírgenes. [...] La vida fue un banquete en el que me invité mientras los emperadores y las fulanas, o quizá era al revés, mordían las uvas. Yo miraba a la cámara, aunque en realidad estaba detrás, como en una película de Fellini. Tuve a mis Marcelos Mastroianni, ¡cuánto los quise! Muchas noches invoco a los espíritus para que no me dejen solo. Me tiemblan las manos. [...] Tengo setenta y ocho años. No estoy mal de salud. O eso me dicen. [...] Nunca quise ser protagonista, pero hoy, lo que es la vida, me presento como cabeza de cartel (pp. 21-22).

Las memorias de Mariñas, prologadas por Pedro Narváez, que lo define como “un punki en un mundo rosa” (p. 13), no son unas sino dos, incluso tres. A lo largo de cerca de doscientas páginas, el maestro se afana en distinguir a “Jesús” de “Mariñas”, taraceando fogonazos de las vidas de “ambos” con anécdotas de los personajes que lo marcaron. Para bien y para mal. El honrado filólogo se ve, pues, en la obligación de resolver un *sudoku* que interesará por las industrias y andanzas del reportero coruñés. Y no tanto por las de los famosos a los que aquí pregona o vapulea a trocitos; sin orden, pero con miles de conciertos. Un método de escabullirse como cualquier otro, porque si bien hablaba con y sobre el corazón, Mariñas nunca llegaría a abrirse en canal. Hizo profesión de galleguidad; de ahí que valiera bastante más por sus silencios y puntos suspensivos que por lo que espigó en su trayectoria.

Moneda común de esta clase de confesiones, que acostumbra a diluirse al final —un panegírico al venezolano Elio Valderrama, con quien coexistió desde 1990— es que enseguida se destapan varios secretos del protagonista. Trapos limpios que han vuelto a granjearle el rotundo aplauso de nuestros seminaristas. Pocos conocerán que su familia pertenecía a la clase acomodada de La Coruña, toda vez que abrieron “las dos únicas buenas librerías de la calle Real en los años veinte” (p. 27). Su madre se

prendó de Javier García-Barros, un hombre casado que nunca abandonaría a su mujer y llegó a regentar cinco teatros, destacando por su talento a la hora de contratar coristas: de la bella Chelito a Raquel Meller. Su condición de hijo natural —su hermano Javier fue el segundo de los cuatro retoños de dicho adulterio y el único reconocido— no parece haber atormentado a Mariñas¹². Sí por el contrario el que su abuela rompiera todo lazo con su progenitora, controlase la distribución de los diarios que llegaban a la ciudad y, para su suerte, lo obligara a acompañarla cada mañana a recoger los ejemplares en los talleres de *La Voz de Galicia* y *El Ideal Gallego*. Corriendo el tiempo, Jesús se haría cargo de su madre (“gallega, certera, atinada”, p. 32) y ajustó cuentas con la bestia de su cuñada, que la había maltratado si no de obra, sí de palabra. Por eso en 2014 decidió asistir al entierro de esta última. Solo al entierro.

A Mariñas le escocía —primera y sorprendente revelación— que Javier, miembro del Frente de Juventudes, le prohibiera enrolarse en esta sección de la Falange (p. 29). No obstante, acabaría por ingresar a los diez años, huyendo de allí con catorce: “Tal vez nos adocrinaban, pero para mí resultó una experiencia enriquecedora. Aprendí que la vida hay que ordenarla, que no puedes ser un viva la Virgen, aunque luego lo haya sido. [...] Me dio unas bases en las que importaban mucho la seriedad, el compromiso y la camaradería” (p. 40). En “La gran mentira de Julio Iglesias” reza: “Cuando hablaba de política con el doctor Iglesias Puga me entraban ganas de salir corriendo, y eso que yo no he sido dudoso en cuanto a mis filiaciones ideológicas: viví en el franquismo y entonces fui franquista, como mi madre y mi hermano” (p. 116). Y en “Reflejo en una televisión apagada” se dolía de que “ahora todo lo entrecomillamos o lo subrayamos, te hacen levantar la ceja, la derecha, porque la izquierda nunca supe. Es una coña todo” (p. 256).

Aprovechando que el Sar pasa por La Coruña, arriesgo que, digan lo que digan, Raphael fue el niño mimado del Régimen y de doña Carmen Polo; con independencia de su calculada ambigüedad, que Mariñas redujo aquí al coto del “amaneramiento, nada más” (pp. 122-123), separando al rruiseñor de Linares de las preferencias de Junior y, ¡oh Cielos!, del enorme Juan Pardo, gallo de pelea del Ferrol del Caudillo que, como buen celta, “iba y venía” (pp. 251-252).

12 “El primero y el tercero de los hermanos se murieron de pequeñitos, que antes, por lo visto, los niños se morían...” (p. 31).

De regreso a los salones del otro Pardo, por allí desfilarían muchos de los que hoy reniegan de su pasado: la yeyé Concha Velasco, ídolo del antiguo socialismo; el más que rojo Antonio Gades, con toda su escuela bolera; Juanita Reina y, por supuesto, Lola Flores, que, en un rapto de faraona, llamó “generalísima” a doña Carmen y luego se hizo “demócrata total y monárquica hasta la peineta” (p. 121).

Antes de pasar de puntillas por su flirteo con José María Comesaña, con quien Jesús trabajó en Radio Juventud y dejaría de hablarse y de saludarse (muy propio de él), declara que tuvo una agradable novia, Angelines, por aquello del qué dirán, y que siempre había sido “un maricón de La Coruña” a quien el movimiento LGTBIQ+ le parece un tremendo disparate. Como en Saint-Louis-du-Ha! Ha! somos preconciarios, se nos ha permitido leer este capítulo tras aconsejarnos que uno debe entrar y salir con y de donde más le guste, pero sin caballerías rusticanas por Chueca.

A Mariñas siempre le atrajo “el hombre hombre. Ahí está la esencia del maricón, en que te gusta el hombre, no el hombre afeminado. Esos alardes de feminidad siempre me han repateado. Porque soy un maricón muy masculino” (p. 98)¹³. En resumen, Jesús solo sacaba su pluma para escribir. Fue un calamita señor que nunca consumió drogas y apenas se embriagó dos veces: “una en Suiza, en casa de unas amigas anticuarias, y otra en París, después de un desfile de Paco Rabanne” (p. 59). He aquí su prosopografía de Chelo García Cortés, ex-señora de Parada y ahora consorte de Marta Roca, a quien juró amor eterno en *Tiffany's*: “Colaborábamos en Radio España. Era muy delgada, con el pelo corto, divertida, animada, aunque reservada. Nunca tu-

13 *Marginalia*: “No hay que ser Boris Izaguirre. Sí en su faceta culta, no en la homosexualidad exhibidora” (pp. 38-39); “Pertegaz siempre estuvo con la misma persona, Manuel, veinte años menor que él, pelo rizado, trato muy cálido, guapísimo, como no podía ser de otra forma para alguien tan refinado, clasista y exigente. Una relación tranquila, porque Pertegaz era responsable hasta en eso” (p. 74); “Con Jesús Aguirre, [segundo marido de la duquesa de Alba], me llevé muy bien porque, lógicamente, nos entendíamos. Sin comillas ni leches. Entre nosotros había cosas demasiado explícitas; no había que explicar, ni que argumentar, ni que descubrir, ni que revelar nada. Era lo que había y los dos lo sabíamos. Él de mí y yo de él. O de lo que decían de él. Nunca pude certificarlo porque no lo vi en plena actividad erótico-festiva. No fue claro jamás. Era de una prudencia absoluta. De puertas afuera, ninguno de los dos se explayaba ni se abría” (p. 142); “Hay que quitarse el sombrero ante Jorge Javier Vázquez, aunque con sus luces y sus sombras” (p. 258).

vimos una conversación en la que tratáramos el tema. Soy poco de abrirme y Chelo también. Se dio por hecho. Con ninguna de las lesbianas que he conocido hablé de su sexualidad o de la mía. Se sabía lo que había” (p. 273).

Pudoris causa, los idilios cumplidos por Mariñas son pocos y desiguales: tras el referido Comesaña vendría su Adonis platónico: Carlos Larrañaga, “el más guapo del mundo, el hermano que no tenía, aunque me escribía cartas como de enamorado. [...] Un encantador de serpientes, tanto de hombres como de mujeres (Ava Gardner, Emma Penella, Maruja Asquerino, María Luisa Merlo, Ana Diosdado...)” (pp. 47-51)¹⁴. Carlos solía viajar con Marco, un mayordomo que le frotaba la espalda, y consiguió derretir al mismísimo Cary Grant durante el rodaje de *Orgullo y pasión* (Stanley Kramer, 1957) (p. 47)¹⁵. A Comesaña le sucedería Vicente Parra, el Alain Delon español, que nunca aceptó su homosexualidad y al que Mariñas seguiría viendo, ya como amigos, en su casa de la Plaza de España 11, junto a la de Sara Montiel. ¡No muchos plebeyos podrán blasonar de haber compartido catre y mantel con Alfonso XII!

Después del protagonista de *Solo Dios puede juzgarme* (Emilio Romero, 1982), vendría Isidro, cuyo parecido con Gilbert Bécaud (p. 81) lo sedujo de inmediato. Pareja durante tres lustros, veraneaban en Saint-Tropez, el destino más disoluto de la primera Transición, y terminaron... pegando-

14 *Notuncula*: disiento del corolario de Rafael Bonilla Cerezo (Universidad de Córdoba) en “Los tontos del bote: polifonías del galanismo en Arturo Fernández y Carlos Larrañaga”, manuscrito que, a pesar de nuestras diferencias de método, ha tenido la bondad de enviarme por correo postal certificado. Le acuso aquí su recibo y cito: “Después del cumplido análisis narratológico de *La viudita naviera* (Luis Marquina, 1963), *Las jugadas del señorito* (Alfonso Balcázar, 1973), *Cuando los maridos se iban a la guerra* (Ramón Fernández, 1976), *Tocata y fuga de Lolita* (Antonio Drove, 1974) y, sobre todo, *Desde que amanece, apetece* (Antonio del Real, 2006), concluyo que el galanazo asturiano se hizo con el cetro de la «comedia macha», mientras que el hermanastro de Amparito Rivelles, promesa de nuestras tablas gracias a *Tengo un millón* (Víctor Ruiz Iriarte, 1960), *The Boy Friend* (Sandy Wilson, 1961), *Los monos gritan al amanecer* (José María Pemán, 1963) y *La hermosa fea* (Lope de Vega/Alfonso Paso, 1963), sucumbió a las hieles del cine de autor y hasta se travistió de *femme fatale* en *El extraño viaje* (Fernando Fernán-Gómez, 1964)”.

15 Se ignora la opinión de Randolph Scott sobre este particular. A falta de nuevos trabajos de archivo, véase Sergi Doria, “El alcahuete de Hollywood”, *ABC Cultural*, 1109 (12 de octubre de 2013), p. 14.

se¹⁶. Mariñas se permite entonces un tierno inciso sin asomo de revancha:

La ruptura con Isidro no supuso el fin de la amistad. Una noche paseaba con él por la Gran Vía y conocí a Elio. En aquel momento, sin saberlo, el destino me situó en el centro de gravedad. [...] Llamo a Javier, mi sobrino. Tiene algo más de sesenta años. He incomodado su siesta. [...] Me recuerda que Isidro fue su jefe. Lo describe como un gran comerciante hecho a sí mismo. Viajaron muchas veces a Madrid a “cazar libros”. Era menos culto que algunos libreros de viejo de la capital, que se conocían todos los clásicos, pero los superaba a la hora de fijar el precio. [...]

—¿Cómo soy como tío? —le pregunto.

—Soy tu único sobrino, tu ahijado, todo. Me traías de tus viajes las cosas más epatantes que uno pueda imaginarse. Como una camiseta con un roquero tocando la guitarra que compraste en Londres. Me la puse para ir al colegio y me mandaron a casa a cambiarme. Nunca faltabas en Navidad. Un año el avión partió de Barcelona e hizo escala en Madrid, pero no se daban las condiciones para continuar el vuelo. Fletaste un taxi. Me trajiste una cotorra (p. 85).

Epílogo de estos romances, y aunque hubo también “un brasileño, un norteamericano y algún que otro cubano” (p. 291) con los que Mariñas tomó tanto el sol como la sombra, en los noventa llegaría a su vida el definitivo: Elio Valderrama Prescott, fotógrafo con quien subiría al altar el 18 de julio de 2016, “porque se lo debía” (p. 297).

Profesionalmente, Jesús empezó merodeando por los teatros, probó suerte con la escena en el TEU de La Coruña y trabajó como botones para *El Ideal Gallego*, dirigido por Manuel Santaella, que no tardaría en nombrarlo auxiliar de redacción y coordinador de las siete páginas diarias dedicadas a la región. Pero Mariñas soñaba ya con Madrid. María Fernanda Ladrón de Guevara, a la que con catorce años había entrevistado para el periódico, su hada madrina y “una de las mujeres más elegantes de España” (p. 27), fue la que lo metió en la odisea de las rotativas al lograr que dejara la Editorial Católica para sumarse a la prensa del Movimiento, que

16 No he contabilizado sus púberes escarceos coruñeses con Lalo: “Fue el primero que me introdujo en el sexo... La tenía muy gorda, de eso me acuerdo. La relación consistía en meneársela” (p. 30).

entonces controlaba más de cincuenta cabeceras. Sin embargo, a pesar de los desvelos de Jesús Vasallo, no había plazas en la capital; de modo que halló albergue, y también nido, en el *Mediterráneo* de Castellón antes de asentarse en su querida Barcelona.

Desde 1967 frecuentaría la sala *Bocaccio* de la calle Muntaner 505 y a la crema de la *gauche divine* (“Serrat se aposentaba en la barra de terciopelo. Ya lo traté un poco aburguesado. Lo recuerdo tímido, retraído. Resultaba difícil entablar una relación con él”; “García Márquez pedía que le llamasen Gabo; cordial, cercano, nada endiosado, estuve en su casa muchas veces”, p. 61). También colaboró en *Garbo* (la sección “Del rosa al amarillo”, un guiño a la película de Manuel Summers, 1963) y *Party*, la primera revista que desnudó a los hombres para calentar el brasero *gay*: “todavía hoy me gusta moverme en el plano mental del urbanismo [de Barcelona], tan diferente al de Madrid. Uno sabe dónde acabará la travesía geométrica” (p. 37)¹⁷.

Reparo ya en las figuras que Mariñas tenía en sus altares: 1) el clan Larrañaga al completo: Amparo Rivelles, el matrimonio formado por Carlos y María Luisa Merlo, sus cuatro hijos (Caco, Amparo, Luis y Pedro) y la aplaudida madre del primero, María Fernanda Ladrón de Guevara —curiosamente no hay rastro aquí de la dotadísima Maribel Verdú, mujer de Pedro Larrañaga—; 2) Montserrat Caballé, casi una hermana, diva solo cuando tenía que serlo y pareja artística de Plácido Domingo hasta que un día el tenor se molestó porque ella había sostenido una nota más alta: “Después de Renata Tebaldi, quedó la Caballé; y luego, ninguna otra” (p. 97); y 3) Carmina Ordóñez, prima hermana de Bosé (“¡A mí plin, que soy Ordóñez Dominguín!”), quien no solo motejaba de “Carolo” al mulato Elio, sino que le ofreció alojamiento en Marruecos cuando no tenía permiso de residencia. Va de suyo que a una belleza tan formidable, capaz de preparar una tarta de hachís para la *jet* magrebí, lavarse los pies en el Quema con coca-cola y referirse a sus menos agraciadas nueras como “La bajita platea” y “La Gijonenca”, hay que perdonarle sus casorios con chisgarabises como Julián Contreras o Ernesto Neyra.

Las némesis de Jesús, al menos las contenidas en este libro, resultan tan escasas como de tronío: José Luis López Vázquez («un hombre horterilla y bastante siniestro. [...] Representaba al español medio que [...] acababa

17 Véase “¿Cuándo se jodió Barcelona?” (pp. 56-57).

en calzoncillos para hilaridad del respetable», p. 89), el nobel Camilo José Cela, que le dio una hostia por cuestionar a su esposa, Marinita Castaño, reputadísima alpinista social; Marisol (“Todavía me pregunto quién era y qué sentía Pepa, si logró finalmente encontrarse a solas”, p. 247); y Julio Iglesias, cuya freudiana obsesión por los pechos no le impedía dormir con pijama y un cuadro de Franco en el cabecero (p. 106). Sin orillar que Mariñas recibió del autor y amo de *Hey* (1981) un rólex falso y hasta llegó a sentarse sobre el rescate del doctor Iglesias Puga (“Papuchi”), que tampoco sale aquí bien parado. De forma injusta, pues su talento para concebir —cosas de ser ginecólogo— voces en superlativo (“¡Abraçísimo!”, “¡Cojonudísimo!”) lo indultan a perpetuidad.

Además de una autobiografía en píldoras, *Jesús por Mariñas* no deja de ser una obra para los devotos de nuestro Famoso. De ahí que sean recomendables las páginas sobre su excursión a Ibiza con Oriol Regás (pp. 64-66), la amargura de Manuel Pertegaz cuando la alta costura dobló la rodilla frente al *prêt-à-porter* (“El vestido de boda de la reina Letizia, su epitafio, no fue su mejor creación”, p. 74), el cese de *Protagonistas* después de que Mariñas escribiera en *Época* que Carmen Romero, entonces mujer de Felipe González, “ni sabe, ni quiere aprender; se pone la Moncloa por montera. Pasa del tema” (p. 92); y las catastróficas desdichas de Naty Abascal, “la que mejor ha sabido llevar el estirón” (p. 148), y su tocaya y reverenda Mistral, que tuvo coliseo propio en Buenos Aires (pp. 200-204).

Jesús guardaba en el baúl de sus mejores recuerdos los años en *Tómbola* junto a Ángel Antonio Herrera y Jimmy Giménez-Arnau; no así el sinfín de programas a la verita de Karmele Marchante —a la que odiaba— y de la catira Lydia Lozano, gogó chuminera de hogaño y lacrimógena expositora de las cachas de antaño. Por aquel zoológico también asomaron heroínas como Chábeli (“¡Sois gentuza!”), Sofía Mazagatos, todavía en activo (a saber en qué y cómo: pero en activo) y mitos de la categoría de Two Yupa, ¿ex de Rappel?

No faltan noticias acerca de su fría alianza con Jaime Cantizano (p. 161), al margen de que una noche tras otra lo requebrara en el plató de *Dónde estas corazón* (<https://www.youtube.com/watch?v=353EFZSaex0>); sus espionajes al servicio de su emérita majestad (pp. 166-171), las disputas con Rocío Jurado a costa su hija (“¡A esa no, que la he parío yo!”), la de la terapia en abierto, la misma a la que todos hemos visto nacer, crecer, multiplicarse... y desmadrarse; el relato de las guerras folclóricas durante

los ensayos de *Azabache* para la Expo 92 de Sevilla, con “La más grande” jorobando a Juana Reina, Imperio Argentina y Nati Mistral; el del antagonismo entre la Jurado y la Pantoja, la primera de las cuales fue el verdadero objeto de deseo de doña Encarna Sánchez (“Rocío se dejaba querer, ya se sabe lo zalamera que era: *Encalna* por aquí y *Encalna* por allá”, p. 213); y la cálida llamada que le hizo Lola Flores tras insinuar sus devaneos extramaritales con El Junco: “¡Eres un hijo de la gran puta!” (p. 219)¹⁸.

Pero si quieren desopilarse, no se pierdan otro par de troteras y danzaderas: la de Marujita Díaz, con las pupilas en órbita y el “chocho pelón” (Dinio *dixit*), arrancándose por sevillanas durante un besamanos a Juan Pablo II (“No te vayas todavía, no te vayas por favor”, p. 231); y la de José Manuel Parada —que al parecer se ducha lo justito— probándose en Puerto Rico varios modelos de Saritísima... “Y comenzó el espectáculo” (pp. 269-270).

Es probable que nadie conociera de verdad a Jesús Mariñas, siempre parapetado detrás de sus ojillos de azor. Su biografía revela siquiera el orgullo con que desempeñó su oficio. Superviviente de sí mismo, nos quedan sus cientos de columnas, que nuestro atento servicio de publicaciones debiera recopilar. Testigo de las candilejas que fuimos y de aquello en lo que las hemos convertido, nunca se propuso competir con nadie. Por la sencilla razón de que en lo suyo no tenía rival. Buscó siempre la diferencia respecto a los que ejercieron un periodismo más áulico o untuoso. Receló siempre de lo rutinario, sin traicionarse en demasía. Vivió para vivir y, hasta donde quiso, encontró tiempo para contarla.

18 Es de consulta obligada el *status quaestionis* de Jesús A. Cañas, “Del «yo soy progay» al «no me escondo por amar»: las folclóricas como aliadas del colectivo LGTBIQ+”, *El País*, 30/06/2022: “Lola Flores quería que, una vez fallecida, la pusiesen en el teatro Calderón de Madrid para que pasasen «los mariquitas», que la querían mucho, y dijese «¡ay, qué lastima!». Marujita Díaz [...] se declaró «tortillera» y consumidora de «almejas naturales, pinchitos de tortilla y arroz con conejo». Rocío Jurado paró en seco el previsible chiste sobre homosexuales y se puso solemne para proclamar en pleno *prime time* de los 2000: «Yo soy progay». [...] Sí hubo ganas de agarrar [...] la bandera LGTBIQ+ cuando María Pelaé, [la autora de *Si se achucha, entra*, en *Hipcondría*, 2017], a principios de junio [de 2022] se subió al escenario como pregonera del Orgullo de Torremolinos, con un discurso mucho más directo que el de María del Monte en Sevilla. Allí, entregada, dejaba un recadito a los homófobos: «No necesitamos ningún *pichazo* que nos convierta; ¡que tienes una picha, no una varita mágica, pedazo de acelga!»”. Los corchetes son míos.